

tremeces de espanto como yo? ¿Dónde estará Inés? ¿Dónde la tendrá ese monstruo? ¿Qué habrá hecho de ella? ¡Ay! Yo la he buscado sin cesar por todo Madrid; he pasado noches enteras junto á la casa de la calle de la Sal, examinando quién entraba y quién salía; he dado dinero á los criados, aguadores, lavanderas, á los escribientes del licenciado, á cuantas personas visitaban la casa; pero nadie me ha sabido dar razón, nadie, nadie. ¿Es esto para desesperarse? ¿Es esto para morir de pena? ¡Trabajar tanto, cavilar tanto para sacarla del poder de sus tíos; cometer grandes pecados, y exponer uno su alma á las horribles penas del Infierno, para ver desvanecida como el humo aquella esperanza encantadora, aquella soñada dicha y suprema felicidad!... ¿Será castigo de Dios por mis culpas, Gabriel? ¿Lo crees tú así? ¿Apruebas lo que estoy haciendo ahora, que es rezar mucho y pedir á Dios que me perdone, ó que me devuelva mi Inésita, aunque no me perdone? ¿Crees tú que concurrendo á la bóveda de San Ginés con gran constancia y devoción, podré alcanzar de Dios alguna misericordia? ¡Ay! Si las lágrimas que he derramado hubiesen caído todas en el corazón de ese infame Lobo, habríanle atravesado de parte á parte haciendo el efecto de un puñal. ¿Dónde está Inés? ¿Qué es de ella? ¿Vive ó muere? Gabriel, tú tienes ingenio, y Dios ha querido que recobres tu preciosa vida para que desbarates los inicuos planes de ese monstruo abominable, y devuelvas á la niña su anhelada libertad, así como á mí la paz del

alma, que he perdido quizás para siempre.

Así habló el afligido hortera, y oyéndole no pude menos de compadecerle por los tormentos de su alma, tan apasionada como inocente. No se cansó de hablar hasta muy avanzada la noche, siempre sobre el mismo tema y con iguales demostraciones dolorosas. Al fin su voz se perdió para mí en el vacío de un silencio profundo, porque me quedé dormido, cediendo mi atención y curiosidad á la fatiga y flaqueza de ánimo que me consumían aún.

III

Al día siguiente, la primera persona que vieron mis ojos fué Doña Gregoria, á quien ya había empezado á tomar cariño, pues tan propio de la caridad es inspirarlo en poco tiempo. La mujer del Gran Capitán limpiaba la sala, procurando mover los trastos lentamente para no hacer ruido, cuando desperté, y al punto lo dejó todo para correr á mi lado.

—Esa cara está respirando salud—me dijo. —Veremos lo que dice hoy D. Pedro Nolasco cuando te vea.

—¿Y quién es ese D. Pedro Nolasco?—pregunté, sospechando fuera algún médico afamado de la vecindad.

—¿Quién ha de ser, hijo? El albéitar, que vive en el cuarto número 14. Aquí no gasta-

mos médico, porque es bocado de príncipes. Y cuando Fernández padecía del reuma, le ve D. Pedro Nolasco, que es un gran doctor. A él debes la vida, chiquillo, y él te sacó del costado la bala; que si no, á estas horas estarías en el otro mundo.

Oído esto, hícele varias preguntas acerca de su condición y la calidad de la casa, á las que satisfizo bondadosamente, diciendo que su esposo era portero en una oficina del ramo de la Guerra, y que con su sueldo, y lo que el Sr. Juan de Dios les daba por su modesto pupilaje, pasaban la vida pobres y contentos.

—Esta no es casa de huéspedes, porque nosotros no queremos barullo—añadió,—pero hace mucho tiempo que conocemos al Sr. de Arróiz, y por eso le tenemos aquí. Este Sr. de Santorcaz que has visto anoche, y que no ha de tardar en venir, es un joven á quien conocimos en Alcalá, cuando estábamos allí establecidos, y él dejaba sus estudios en aquella célebre Universidad para correr la tuna. Ha sido muy calavera, y sus padres no le han vuelto á ver desde que se marchó á Francia hace quince años, huyendo de una persecución muy merecida, *por mor* de sus barrabasadas y viciosas costumbres. ¡Desgraciado joven! Allá fué soldado, y cuando nos cuenta sus trabajos y penalidades, nos quedamos como si oyéramos leer la novela *El asombro de la Francia*, *Marta la Romarantina*, aunque Santiago dice que todo lo que cuenta es mentira. A pesar de su mala *ca* *b* *z* *a*, nosotros apreciamos á este tarambana de Santorcaz, y él no nos quiere

mal; así es que cuando se aparece por España, siempre viene á parar á nuestra casa, donde le damos hospitalidad por bien poco dinero. ¡Ayl sí, por bien poco dinero: verdad que si le pidiéramos mucho, el infeliz no podría dárnoslo, porque no lo tiene. Y no es porque haya nacido de las hierbas del campo, pues á un buen solar de tierra de Salamanca pertenece su familia, sólo que como no es primogénito... su padre se empeñó en dedicarle á la Iglesia, y el pobre chico no tenía afición de misacantano...

Estábamos Doña Gregoria y yo enfrascados en este coloquio, que no dejaba de interesarme, cuando volviendo de su oficina D. Santiago Fernández, quitóse gravemente el pesado uniforme, que su consorte colgó en la percha, no lejos de la amenazadora lanza, y se dispuso á comer.

—Grandes noticias te traigo, mujer—dijo con retozona sonrisa, sentado ya en el sillón de cuero y con ambas manos posadas en las respectivas rodillas, mientras con lento compás movía el cuerpo.—Te vas á poner más contenta...

—No puede ser sino que el Gran Duque ha reventado ya de los cólicos que padecía.

—No, no es eso, mujer. ¿Quién te dijo que Navalagamella le había declarado la guerra á la *canalla*? No es Navalagamella sólo, mujer: es Asturias, León, Galicia, Valencia, Toledo, Burgos, Valladolid, y se cree que también Sevilla, Badajoz, Granada y Cadiz. En la oficina lo han dicho; y si vieras cómo están todos bai-

lando de contento... Oficial conozco que no ha dormido en toda la noche esperando el correo; ¡y si supieras, mujer...! A tí te lo puedo decir, y no importa que lo oiga este chico. Oye, oíd los dos: muchos oficiales se han fugado, sin que en los cuarteles ni en sus casas se sepa dónde están. Y dirás tú: «¿pues dónde están?» Yo lo sé, sí señora, yo lo sé: han ido á unirse á los ejércitos españoles que se están formando... ¿A que no sabes dónde se están formando? Pues yo lo sé, sí señora, yo lo sé: uno se está formando en Valladolid, y lo mandará D. Gregorio de la Cuesta; otro en Asturias y Galicia, que corre á cargo de Blake... y el tercero... Esta es la más gorda de todas: ¿te la digo?

—Hombre, sí: dila, no nos dejes á media miel.

—Pues se dice por ahí que las tropas de Andalucía se sublevarán, sí señor, se sublevarán. ¡Pues no han de sublevarse!... Si en cuanto uno dé la voz empieza á desfilar nuestra gente, y ni un rancho español quedará á las órdenes de Murat, ni de la Junta.

—Veo que lo van á pasar mal, Santiago. Pero siento golpes en la puerta. Son los vecinos que vienen á saber noticias... Pase usted, Sr. D. Roque; pasen ustedes, niñas; adelante, Sr. de Cuervatón.

Abrió Doña Gregoria la puerta, y penetraron en ordenada falange como una docena de personas de uno y otro sexo, y de diferentes edades y fajas, las cuales personas eran los vecinos más adictos al Gran Capitán, y además

entusiastas creyentes de sus noticias, por lo cual acudían todas las mañanas cuando aquél regresaba de la oficina, con el anhelo de saciar en la fuente más pura y cristalina la ardorosa curiosidad que entonces devoraba á los habitantes de Madrid. ¿Debo detenerme en enumerar á tan dignas pereonas? ¿Para qué, si el lector no necesita conocer al lañador, ni al talabartero, ni tampoco á D. Roque, el arruinado comerciante, ni al Sr. de Cuervatón, ni menos á las niñas de la bordadora en fino? Dejémosles envueltos en el velo de su discreto incógnito, y oigamos á Fernández, que desbordándose de su propio sér, á causa de la exorbitante hinchazón de su orgulloso júbilo, iba contando lo que oyera, sin dejar de aderezar sus relatos con la sal y pimienta de la hipérbole.

—Pues en Andalucía—dijo,—en Andalucía... ya saben ustedes dónde está Andalucía; como si dijéramos en Cádiz... pues. Dicen que la Junta de Sevilla ha armado un gran ejército con las tropas que estaban en San Roque. ¿Saben ustedes lo que es San Roque? Pues es como si dijéramos... supongan ustedes que aquí está Gibraltar, pues aquí cerquita está San Roque.

—Este D. Santiago lo sabe todo.

—Ya, como quien ha visto tantas tierras y ha estado en tantas batallas.

—En San Roque están las mejores tropas de España, tanto en infantería como en artillería y caballos; de modo que si se forma ese ejército, y viene sobre Madrid... ¡Jesús!

—¡Jesús!—repitió un coro de diez voces.

—¿Usted cree que vendrá sobre Madrid?—preguntó uno de los concurrentes.

—Eso es lo que no puedo asegurar—repuso con énfasis el Gran Capitán.—Pero á lo que yo entiendo, y según la experiencia que adquirí en aquellas terribles guerras, me atrevo á decir que el ejército de Andalucía viene sobre Madrid, y si hace lo mismo el de D. Gregorio de la Cuesta, juzguen ustedes el susto que pasarán los franceses. Hay que guardar el secreto: mucho cuidado, señores, y ustedes, niñas, guárdense muy bien de ir contando estas cosas cuando vayan á la costura, porque puede llegar á oídos del Gran Duque de Berg... Yo creo que pasará lo siguiente: el ejército de Andalucía vendrá á la Mancha; los franceses irán á batirlos, dejando libre á Madrid, donde entrará D. Gregorio de la Cuesta, el cual, si sigue después hacia el Mediodía, les picará la retaguardia por Tarancón; y como al mismo tiempo los de allí le harán retroceder hacia el Tajo, viéndose los franceses atacados por un lado y otro, por fuerza tendrán que caer al río, donde se ahogarán.

—¡Cuánto sabe este hombre! Es un asombro que de esa manera pueda anunciar los movimientos del enemigo. Y no hay duda, así tiene que suceder.

—Y como la sublevación es general—añadió Fernández,—no podrán acudir á todos lados. Además, no pueden contar con un solo soldado español que les ayude, porque todos desertan; de modo que si Napoleón quiere

continuar la guerra en España, ya puede mandar gente.

—Y como de los que vienen, la mitad mueren de borrachera...

—El mismo Murat está padeciendo unos cólicos, que se lo llevarán al otro mundo.

—¡Quía! si lo que tiene es una enfermedad vergonzosa.

—Así pagará las que ha hecho. ¿Pues qué puede ser eso sino castigo de Dios por su barbarie y crueldad?

—No es eso, señora: es que, según dicen, es aficionado á la bebida.

—¡Menudas turcas habrá tomado desde que está aquí. ¿Y se marchará ó no se marchará?

—Yo creo que sí—dijo Fernández.—Tengo entendido que está muy disgustado porque Napoleón no le quiere hacer Rey de España.

—¡Angelito! pues no pide poco que digamos.

—Y como parece que mandan de Rey al que lo es de Nápoles, un D. José, al cual, según dicen, también le gusta aquello...

—Se conoce que es afición de familia.

—Lo que debiera hacer el Sr. Fernández—dijo el lañador,—es irse á cualquiera de esos ejércitos, donde sin duda se había de lucir, y quién sabe si nos le harían general de la noche á la mañana.

—Yo no sirvo para nada—contestó el Gran Capitán.—Yo tuve mi época, y ahora que trabajen otros como trabajamos los de entonces. ¡Aquéllas sí que eran guerras, señores! Esto de ahora es una bobada, y si no, ya ve-

rán ustedes cómo en menos que canta un gallo se acaba todo.

—Pero lo del ejército de Andalucía ¿es cierto, ó es puro barrunto de usted? Sepámoslo de una vez.

—Es cierto, señores. Me parece que Santiago Fernández tiene motivos para saber lo que hace un ejército y lo que deja de hacer. Cuando empiecen nuestros generales á decir «por aquí te doy,» ya les tendré á ustedes al tanto de todo día por día.

A este punto llegaba, cuando entró Santorcaz, y no bien le vieron las honradas personas que formaban el auditorio del buen Fernández, empezaron á desfilar de muy mal talante, porque la presencia del citado *flamasón* era hartó desagradable á todos los habitantes de la casa.

—Grandes noticias, grandes noticias traigo, Sr. D. Gonzalo Fernández de Córdova—exclamó desde la puerta.—Aghárdense todos, si quiren saber la verdad pura. ¿Pero se van estas niñas? ¿Por qué me tienen miedo? ¿Y usted, D. Roque, no quiere escuchar?... Vayan noramala, pues, y ustedes se lo pierden, porque no saben lo que ocurre... La lanza, señor Fernández, tome usted al punto la lanza, y prepárese al combate, porque se acerca lo tremendo, y ahora verá quiénes son buenos patriotas y quiénes no lo son.

—No tomemos á broma estas graves cosas, Sr. D. Luis—dijo algo amoscado el que podremos llamar vencedor de Cerinola,—ni nos escandalice á la vecindad con sus aspavientos.

—¿A que no sabe usted lo que yo sé?—añadió Santorcaz.—¿A que no sabe usted que el General Dupont, que estaba en Toledo, ha recibido orden de marchar á Andalucía, y que Monecy sale mañana de aquí para Valencia, y que Lefebvre, que está en Pamplona, irá pronto sobre la capital de Aragón; que Duhesme se extenderá por Cataluña, y que Bessieres baja hacia Valladolid á toda prisa con las divisiones de Lasalle y de Merle?

—¡Cómo se conoce que usted escupe enorro con la canalla! ¿Y cómo están sus mercedes del estómago? ¿Se han hecho al fin al vino de España? Y el Gran Duque de Berg, ¿cómo anda de sus calenturas? ¿Hay mieditis? Porque yo tengo para mí que si á esos señores se les caen los calzones, es porque, como dijo el otro, al que mal vive, el miedo le sigue. Yo, en verdad, no sabía lo que usted acaba de decir; pero allá en la oficina oí decir otras cosas que no sé si sonarán bien en las orejas de la canalla. ¿Por qué no va mi Sr. D. Luis á contárselas, á ver si con el gusto se les quita el destemple?

—¿Qué noticias son esas?

—Nada, poca cosa. Cuando el francés las sepa, verá usted qué contento se pone... Que en todas las ciudades se han nombrado ó se van á nombrar Juntas, las cuales no harán caso de lo que se mande en Bayona, sino que...

—Pero si Fernando VII no es ya Rey de España, porque ha cedido sus derechos al Emperador, lo mismo que Carlos IV. ¿Qué

son esas Juntas más que cuadrillas de insurgentes?

—Sí... pues que las quiten: es cosa fácil. ¡Demonios de Juntas! Y las muy simples están formando unos ejércitos... cosa de juego, señor de Santorcaz; cuatro gatos que estaban ahí en el Campo de San Roque con unos cuantos cañoncillos... Y también han dado en armarse los paisanos, lo mismo en Castilla que en Cataluña, así en Valencia como en Andalucía... Pero eso no vale nada; son hombres de alfeñique y alcorza, y no digo yo con balas, con saliva les destruirán los franceses.

—¿Y todo lo que sabe usted se reduce á que la Junta de Sevilla está formando un ejército con las tropas de San Roque, que manda Castaños, y las de Granada, que están á las órdenes de Reding? Pues eso lo sabe todo Madrid.

—Mira, Fernández—dijo oficiosamente Doña Gregoria,—haces mal en revelar lo que sabes por tan buen conducto, porque yo no soy lerda para conocer que lo que hace nuestro ejército no debe decirse. Y si no, pongo por caso: si tú, que estás enterado de todo, á causa de tu gran tino para la guerra, descubres lo que hace el ejército de Andalucía y llega á oídos del francés, puede aprovecharse de la noticia, y entonces...

—¡Qué ha de aprovecharse, mujer, ni qué entiendes tú de estas cosas! Al contrario, yo quiero que el Sr. de Santorcaz vaya con el cuento. Y también en Castilla...

—Otro ejército, sí, compuesto de Guardias de Corps, acostumbrados á hacer la guerra en

los palacios, de estudiantes, de paletos y contrabandistas—dijo Santorcaz, dando tregua á las bromas y hablando con completa seriedad.

—Es una desgracia para nosotros el tener que confesar que no podemos batirnos con los franceses. ¿Qué importa que se armen multitud de paisanos, si esas turbas indisciplinadas, antes que ayuda, serán elemento de ruina para el escaso ejército español? ¿Qué obstáculo pueden ofrecer á los que han sometido la Europa entera estos infelices alucinados, á quienes engaña su ignorancia? ¿Tienen idea de lo que significan la previsión, la táctica, el genio de un jefe experto, para decidir la victoria? Es triste cosa haber llegado á tal extremo por las torpezas de nuestros Reyes; pero una vez aquí, no hay más remedio que someterse á lo que la Providencia ha querido hacer de nosotros. España no puede resistir la invasión, porque si la resistiera haría un milagro, una sobrenatural hazaña nunca vista. Condenada á ser de Napoleón y á ver sentado en su trono á un Rey de la familia imperial, lo más cuerdo es resignarse á ésta con la conciencia de haberla merecido.

—¡Que España será francesa, que España será de Napoleón!—exclamó el Gran Capitán, encendido en violenta ira.—Sr. de Santorcaz, usted es un insolente, usted es un deslenguado, usted no tiene respeto á mis canas. Ya, ¿qué se puede esperar de un trapisondista calavera como usted, que abandonó á su familia por irse á *extrangis* á aprender malas manas? ¡Decir que España ha de ser francesa!

Salga usted de mi casa, y no ponga más los pies en ella. ¿Qué te parece, Gregoria? Mujer, ¿te estás con esa calma y no bufas de cólera como yo?

Y levantándose de su asiento, indicó á Santorcaz con majestuoso gesto la puerta de la sala; mas como D. Luis no tuviera humor de marcharse, porque todos los días se repetía la misma escena sin resultado alguno, preparábase á comer tranquilamente, dejando que se desvaneciera, como efectivamente se desvaneció, sin efusión de sangre, la ira de su honrado amigo. Durante la comida gruñó un poco D. Santiago; pero la prudencia y discreción de su esposa evitaron un choque que pudo haber tenido calamitosas consecuencias.

IV

Lo que he contado pasaba el 20 de Mayo, si no me engaña la memoria. Poco á poco fui avanzando en mi convalecencia, y en pocos días me hallé ya con fuerzas suficientes para levantarme y dar algunos paseos por los grandes corredores de la casa, pues la vivienda del Gran Capitán tenía como único desahogo el largo pasillo, en cuya pared se abrían hasta veinte puertas numeradas, albergues de otras tantas familias. Peor que mi cuerpo se hallaba mi alma, llena de turbaciones, de sobresaltos

y congojas, tan apenada por terribles recuerdos como por angustiosas presunciones, de tal modo, que mi pensamiento corría de lo pasado á lo futuro alternativamente, buscando en vano un poco de paz.

La muerte del cura de Aranjuez, sin dejar de formar en mi alma un gran vacío, me era menos sensible de lo que á primera vista pudiera parecer, porque conceptuándola yo como tránsito que había llevado un nuevo santo á las falanjes del Paraíso, consideré á mi amigo en su verdadero lugar, y no tan lejos de nosotros que pudiera desampararnos si le invocábamos.

En cuanto á Inés, no dudaba que existía en poder de alguien que la protegiera por encargo de los parientes de su madre; y aunque para esta creencia no tenía más dato que la relación del alucinado Juan de Dios, yo me confirmaba cada vez más en ella, fundándome en antecedentes que omito por ser de mis lectores conocidos, y en la sórdida avaricia del licenciado Lobo, carácter muy abonado para apoderarse de la joven y entregarla, mediante una buena recompensa, á quien deseaba poseerla.

Todo mi afán consistía en restablecerme completamente para poder salir á la calle, y cuando lo conseguí, tuve el gusto de darme á conocer á todos mis amigos como un verdadero resucitado, ó alma del otro mundo que vuelve con forma corporal á cobrar deudas atrasadas.

No tendrán ustedes idea del aspecto que ofrecía entonces Madrid, si no les digo que la

34047

gente toda andaba azorada y aturdida, á veces llena de miedo, á veces haciendo esfuerzos para disimular su alegría. El odio á los franceses no era odio: era un fanatismo de que no he conocido después ningún ejemplo; un sentimiento que ocupaba los corazones por entero sin dejar hueco para otro alguno, de modo que el amar á los semejantes, el amarse á sí mismo, y hasta me atrevo á decir el amar á Dios, se adaptaban y sometían como fenómenos secundarios al gran abarrecimiento que inspiraban los verdugos del pueblo de Madrid.

A éstos se les veía solos en todos los sitios: su presencia hacía detener ó apresurar á los transeuntes; y era tan extraordinario este desvío, que hasta parecían ellos mismos afectados de profundo pesar, y se les observaba taciturnos y foscos, sintiendo que el suelo les quemaba las plantas de los pies. Habían llenado de trincheras y baterías el Retiro, y para ver en todo su orgullo y presunción á los invasores, no había más que dirigir el paseo hacia Oriente, y se les encontraba en grandes grupos alrededor de las cantinas, ó paseando por la carretera de Aragón. Ningún español se encaminaba hacia allí, á no ser los granujas que, entonces como ahora, gustaban de meter las narices en todas partes. Llevado de mi curiosidad, me acerqué al Retiro, y también recorrí otros sitios hacia el Mediodía, igualmente ocupados como posiciones ventajosas.

En el interior de Madrid las tiendas estaban desiertas, pues todas las personas que se jun-

taban para pedir ó comunicar noticias se reunían en parajes ocultos, siendo de notar que ya entonces comenzaban á dar sus primeras señales de vida las sociedades secretas, aunque yo no ví ninguna, y digo esto sólo con referencia á vagos rümore. Como el afán por tener noticias relativas al levantamiento de las provincias era una fiebre de que no estaban exentos ni los niños, ni los ancianos, ni las mujeres, cuando se sabía que D. Fulano de Tal había recibido una carta de Andalucía, de Galicia ó de Cataluña, la casa se llenaba de amigos, y hasta los desconocidos se permitían invadirla ruidosamente para no esperar á que se les contara el gran suceso. Sacábanse copias de las cartas que hablaban de la Junta de Sevilla y de la sublevación de las tropas de San Roque, y aquellas copias circulaban con una rapidez que envidiaría la moderna prensa periódica.

Todos los días y á todas horas se hablaba de los oficiales que habían huído de Madrid para unirse á los ejércitos de Cuesta ó de Blake, y cuando se tropezaba con un militar ó con algún joven paisano de buen porte y bríos, no se le hacía otra pregunta que ésta: «¿Usted cuándo se va?» Las familias de las víctimas se habían olvidado ya de rezar por los muertos, y pensaban en equipar á los vivos. Escaseaban los jornaleros y menestrales, porque de los barrios bajos partían diariamente muchos hombres á engrosar las partidas de Toledo y la Mancha; y á pesar de los brutales bandos del General francés, ni faltaban armas en las

casas, ni los fugitivos partían con las manos vacías.

Los invasores, que vigilaban el odio de la capital con la suspicacia medrosa del que ha padecido sus terribles efectos, no permitían, siendo tan grande su número y fuerza, que se manifestara lo que los madrileños pensaban y sentían; pero aun así, cuántos cantares, cuántas jácaras, romances y décimas brotaron de improviso de la vena popular, ya amenazando con rencor, ya zahiriendo con picantes chistes á los que nadie conocía sino por el injurioso nombre de *la canalla!*

En el fondo de aquella grande agitación, y entre tantos recelos, había un secreto júbilo, pues como un día y otro llegaban noticias de nuevos levantamientos, todos consideraban á los franceses como puestos en el vergonzoso trance de retirarse. Aquel júbilo, aquella confianza, aquella fe ciega en la superioridad de las heterogéneas y discordes fuerzas populares, aquel esperar siempre, aquel no creer en la derrota, aquel *no importa* con que curaban el descalabro, fueron causa de la definitiva victoria en tan larga guerra, y bien puede decirse que la estrategia, la fuerza y la táctica, que son cosas humanas, no pueden ni podrán nunca nada contra el entusiasmo, que es divino.

Como era natural, las noticias del levantamiento se exageraban locamente, y el delirio popular veía miles de hombres donde no había sino centenares. Cuando las noticias veían de Bayona, eran objeto de sistemático

desprecio, y las disposiciones del palacio de Marrás, así como la convocatoria de irrisorias Cortes en la ciudad del Adour, y el pleito homenaje por algunos grandes tributado á Bonaparte, daban pábulo á sátiras sangrientas. Cuando alguno decía que vendría de Rey á Madrid el hermano de Napoleón, daba pie para las más ingeniosas improvisaciones del género epigramático.

Todas las tertulias, que entonces eran muchas, pues la sociedad no se desparramaba aún por los cafés, eran, digámoslo así, verdaderos clubs donde latía sorda y terrible la conspiración nacional. Se conspiraba con el deseo, con las noticias, con las sospechas, con las hipótesis, con las sátiras, con verdades y mentiras, con el llanto tributado á los muertos y las oraciones por el triunfo de los vivos.

V

Tal era Madrid á fines de Mayo de 1808, antes de que sonaran los primeros cañonazos de Cabezón y los primeros tiros del Bruch. Dicho esto, se me permitirá que hable un poco de mi persona, pues atendiendo á que la desgracia halla siempre eco en toda persona discreta y sensible, creo que no soy saco de paja á los ojos de mis lectores, y que algún interés les inspíran los penosos trances de mi borras-